

El Cuerpo de Cristo

INSTRUMENTO DE SALUD

según San Ireneo (I)*

Por ENRIQUE E. FABBRI, S. I. — San Miguel

Los escritos de Ireneo en la segunda mitad del siglo II señalan en la Iglesia el punto de partida de las ricas síntesis teológicas que será una de las grandes preocupaciones de los Padres de la iglesia oriental. Ireneo se retrata como un intelectual profundamente religioso¹ y un polemista que se ha familiarizado hasta al detalle con la literatura de sus principales adversarios, los gnósticos². Ve el peligro de la propagación, auge y aceptación de esas doctrinas³ y las refuta con argumentos implacables y llenos de ironía, aunque no siempre convincentes⁴. Es el primer gran teólogo sistemático de la era

* Sobre las ediciones críticas de los textos de Ireneo que usamos para las citas, véase *Ciencia y Fe*, 45 (1956), p. 7 (nota).

¹ Ver K. PRUEMM, *Göttliche Planung und menschliche Entwicklung nach Irenäus Adversus haereses*, *Scholastik*, 13 (1938), p. 364. Sobre la cultura de Ireneo y sus relaciones con el helenismo, ver R. M. GRANT, *Irenaeus and Hellenistic Culture*, *Harvard theol. Review*, 42 (1949), p. 41-51; D. B. REYNERS, *Optimiste et théocentrisme chez st. Irénée*, *Recherch. de théol. ancien. et médiév.*, 8 (1936), p. 242-243.

² Ver F. SAGNARD, *La Gnose valentinienne et le témoignage de st. Irénée*, Paris, 1947, p. 81-111.

³ Al referirse a una de las tantas sectas dice: "... et velut a terra fungi manifestati sunt, quorum principales apud eos sententias enarramus..." (*Adv. haer.*, I, 19, 1, I, 222). Su doctrina sólo puede ser refutada por un entendido (*Adv. haer.*, I, Praef., 2, I, 4.; IV, Praef., 1, II, 144). Sobre la extensión de las sectas gnósticas consúltese A. HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums*, Leipzig, 1938 (4ª ed.), p. 928-929. Prácticamente se encontraban en dondequiera se había extendido la Iglesia católica.

⁴ Se podrían repetir ejemplos innumerables. Ver I, 30, 15, I, 241; II, Praef., 1, I, 249; III, 12, 7, II, 62; III, 24, 2, II, 132; IV, 35, 3, II, 275. Ireneo rechaza esas gnosis porque son falsas pero está lejos de negar que se pueda dar una sana y genuina; ver D. VAN DEN EYNDE, *Les normes de l'enseignement chrétien dans la littérature patristique des trois premiers siècles*, París, 1933, p. 81. Por eso Ireneo habla de los "false cognominati gnostici..." (II, 13, 10, I, 286; IV, 33, 8, II, 262). Ver TH. A. AUDET, *Orientations théologiques chez Irénée*, *Traditio*, 1 (1943), p. 15-54, sobre todo p. 23.

preñicena⁵, cuya línea fundamental doctrinal se basa sobre la unidad total del plan creador y redentor, realizado por un único y mismo Dios, y se inspira en un sano optimismo en el ser humano, alma y cuerpo que en todo su complejo espiritual-material es amado por el Padre⁶. Una de sus preocupaciones fundamentales es, en efecto, poner en relieve la bondad y dignidad de la materia y del cuerpo humano. Por eso, contra el intelectualismo o espiritualismo exagerado de las sectas gnósticas enaltece la carne hasta hacerla participar de la eternidad divina y presentarla como un instrumento eficaz de santificación⁷.

Para determinar el alcance y significado de la instrumentalidad del Cuerpo de Cristo, es necesario presentar la concepción que tiene Ireneo sobre el Espíritu y el simbolismo que usa para expresar su obra en los hombres. Una vez establecidas las relaciones que guarda el Verbo con este Espíritu y explicada la misión del Cristo vivificante en la salvación redentora, se podrá determinar con mayor claridad lo que corresponde al Cuerpo de Cristo en esta economía determinada por el Padre.

1.—Los símbolos del Espíritu de vida.

Frecuentemente Ireneo representa la acción de este Espíritu bajo el símbolo del agua⁸. Como con ella se amasa la harina para la fabricación del pan y se humedece la tierra árida para hacerla fructificar, de la misma manera el Espíritu —agua

⁵ Padre de la teología católica lo llama B. ALTANER (*Patrologie*, 1951, p. 111); verdadero creador de la exégesis moderna según F. SAGNARD (*Introduction au "Contre les Hérésies III"*. *Sourc. Chrét.*, 34, p. 29).

⁶ Ver TH. A. AUDET, *Orientations théol.*..., p. 46.

⁷ El desprecio total de la materia ha sido la tentación primordial de toda falsa gnosis. Es más fácil huir de la materia y refugiarse en un falso y fantástico intelectualismo que espiritualizar la materia y el cuerpo y preparar bajo la luz y el ámbito de la fe su futura glorificación.

⁸ Basta dar algunos ejemplos: "... Vere enim aquae multae Spiritus Dei..." (IV, 14, 1, II, 185); "... et in terra inaquosa flumina Spiritus Sancti, adaquare genus electum Dei..." (IV, 33, 14, II, 268); "... in omnibus autem nobis Spiritus, et ipse est aqua viva..." (V, 18, 2, II, 374); "... in omni autem terra fieri ros, quod est Spiritus Dei..." (III, 17, 3, Sagn., 306, 11).

venida del cielo, voluntaria lluvia provocada por la bondad de Dios—, vivifica a los cristianos unificándolos en Cristo y haciéndoles producir frutos de salud⁹.

El agua ofrecida a una humanidad pecadora —simbolizada en la samaritana—, brota del seno de Jesucristo. El Señor por encargo del Padre dona esa corriente de vida eterna a los que en Él creen, derramando el Espíritu por toda la tierra¹⁰. El agua viva es el símbolo del Espíritu que da la vida sobrenatural. Con el Espíritu el fiel recibe una vida que no acaba jamás. El Señor, que es el Verbo encarnado, recibió el Espíritu como un don del Padre y a su vez lo dona¹¹ a los que creen en Él y lo aman¹².

Todo va orientado en la economía divina a hacer participar al hombre de este Espíritu. Por medio de sucesivas disposiciones Dios lo va habituando a llevar su Espíritu y a entrar en comunión con Él¹³. La vida del Espíritu es dada en una progresión ascendente. El hombre debe pasar por una pedagogía divina para poder recibirla de una manera plena y permanente. El Padre confía esa obra a su Verbo, de tal manera que ya en un plano transcendental toda participación transitoria o permanente en la vida divina es atribuida a una

⁹ III, 17, 2, Sagn., 304, 1017. Ver K. PRUEMM, *Göttliche Planung*..., p. 349.

¹⁰ III, 17, 2, Sagn., 304, 22-306,3. Resalta el contraste entre la inutilidad del trabajo humano para conseguir por sí mismo esta agua de vida eterna: "... neque occuparetur ad umentationem aquae laboriosae...", y el don del Padre por Cristo: "... habens in se potum saliens in vitam aeternam..." Con tal de no darle un valor exclusivo —supuesto por el autor dentro de la hipótesis que trata probar—, se puede admitir esta afirmación de F. LOOF: "Der hl. Geist ist in der eigenen Theologie des Irenaeus eine Gabe, die Gott oder Christus, bzw. Gott durch Christus der Kirche gegeben hat oder —so heisst es auch nicht selten— Christus aus seiner Fülle den Seinigen zukommen lässt..." (*Theophilus von Antiochien adversus Marcionem und die anderen theologischen Quellen bei Irenaeus*, Leipzig, 1930, p. 349).

¹¹ "... quod Dominus accipiens munus a Patre ipse quoque his donavit qui ex ipso participantur..." (III, 17, 2, Sagn., 306, 1-2).

¹² "... in omnibus autem nobis Spiritus, et ipse est aqua viva; quam praestat Dominus in se recte credentibus, et diligentibus se, et scientibus, quia unus Pater, qui est super omnia, et per omnia, et in omnibus nobis..." (V, 18, 2, II, 374).

¹³ IV, 14, 1, II, 185. El texto insinúa claramente que entrar en comunión con Dios es poseer su Espíritu. Ireneo siempre presenta al Espíritu como un elemento conglomerante, unificante.

operación del Hijo¹⁴. Esa variedad progresiva en la comunicación del Espíritu la expresa Ireneo mediante una cita parafraseada del Apocalipsis:

“... Por lo cual dice Juan en el Apocalipsis: «y su voz como la voz de muchas aguas». Pues muchas son las aguas del Espíritu de Dios, porque magnánimo y rico es el Padre. Y por todos ellos (es decir, por los patriarcas, profetas, pueblo), pasaba el Verbo, dando su ayuda sin ningún recelo a todos los que le eran sujetos, adaptándose a toda condición y entregando la ley apropiada...”¹⁵.

El texto alude a la diversidad de las operaciones vivificantes del Espíritu a lo largo de la historia religiosa del hombre y a la generosa abundancia con que el Padre lo derrama por medio de su Verbo¹⁶.

El Espíritu es la lluvia¹⁷, el rocío de Dios¹⁸, el río que calma la sed de los elegidos¹⁹, la humedad inicial en que Dios empapó al hombre al surgir éste de sus manos creadoras²⁰. Con estas imágenes expresa Ireneo el origen de la vida del Espíritu: viene de lo alto, procede del Padre a través del Hijo.

¹⁴ IV, 14, 3, II, 185. Ver J. DANIELOU, *Sacramentum futuri*, París, 1950, p. 23.

¹⁵ IV, 14, 2, II, 185.

¹⁶ Ireneo presenta aquí al Verbo bajo una curiosa metáfora, que sin duda alude a los sacrificios de fragancia en la antigua alianza, como poseyendo siempre y desde toda una eternidad y en toda su plenitud la vida del Espíritu, es decir, la vida divina en la que el hombre es invitado a participar: “... Ipse quidem nullius horum est indigens; est enim semper plenus omnibus bonis, omnemque odorem suavitatis, et omnes suaveolentium vaporaciones habens in se, etiam antequam Moyses esset...” (IV, 14, 3, II, 185). La referencia a los sacrificios de la antigua alianza le hace hablar de suaves fragancias (odorem suavitatis), y de aromados vapores (suaveolentium vaporaciones), que en la tradición prenicena son uno de los símbolos con que se describe la expansión de la vida del Espíritu.

¹⁷ “... nunquam fructificaremus vitam sine superna voluntaria *pluvia*...” (III, 17, 2, Sagn., 306, 11).

¹⁸ “... in omni autem terra fieri *ros*, id est Spiritus Dei...” (III, 17, 3, Sagn., 306, 11).

¹⁹ “... et in terra inaquosa *flumina* Spiritus Sancti, adquare genus electum Dei...” (IV, 33, 14, II, 268).

²⁰ “... Praesta ei (Deo) autem cor tuum molle et tractabile, et custodi figuram qua te figuravit artifex, habens in temetipso *humorem*, ne induratus amittas vestigia digitorum eius...” (IV, 39, 2, II, 299).

Dios Padre reconstruirá un nuevo Israel con un nuevo corazón y hará fluir en él los ríos del Espíritu Santo, portadores de la verdadera y definitiva justicia que reposa sobre la fe en Cristo²¹.

Siempre el mismo Espíritu está animando la creación del Padre, pero en los tiempos mesiánicos es derramado de una manera nueva y superior²². Este Espíritu de Dios desciende en primer lugar y de un modo especialísimo sobre el Señor. La antigua economía del pueblo escogido —simbolizada por el vellocino de Gedeón empapado de rocío—, es abandonada. El vellocino se seca, y sobre toda la tierra se extiende el rocío que es el símbolo del Espíritu descendiendo sobre el Señor²³. Y de este rocío tiene absoluta necesidad el hombre si quiere vivir de la vida de Dios y fructificar en Él²⁴.

El Espíritu habita en el hombre y procede del Padre a través del Hijo. Es la vida divina comunicada al hombre para hacerlo participar en la vida de Dios²⁵. Tal es el esquema fundamental significado por estos símbolos.

2.—El símbolo de la fuente y el Verbo vivificante.

Junto al Espíritu, bajo la imagen de un agua bienhechora, aparece el Verbo como la fuente de la que brota el agua vivificante del Espíritu. De Él nace esa corriente que alimenta

²¹ IV, 33, 14, II, 268. Todo el pasaje descansa en un texto mesiánico de Isaías (43, 19-21), que se muestra ya cumplido con la venida del Señor; ver J. LAWSON, *The Biblical Theology of st. Irenaeus*, London, 1948, p. 60.

²² IV, 33, 14, II, 269.

²³ III, 17, 3, Sagn., 306, 412. Sin duda hay en este texto una alusión al bautismo del Señor.

²⁴ “... quapropter necessariis nobis est ros Dei ut non comburamur neque infructuosi efficiamur...” (III, 17, 3, Sagn., 306, 19-21).

²⁵ En esto Ireneo es un fiel representante de la mentalidad prenicena. El Espíritu es “*primo et per se*” la vida divina en cuanto “*diffusiva sui*”. Con esto no se afirma que el santo obispo niegue la personalidad del Espíritu Santo como lo quiere la hipótesis de F. LOOFS (ver *Theophilus von Antiochien...*, p. 240, 249, 253, 288, 344-346, 438-439). Sobre este tema véase J. LEBRETON, *Histoire du Dogme de la Trinité*, II, París, 1928, p. 560-575; ADH. D'ALEX, *La doctrine de l'Esprit en st. Irénée, Recherch. de Science relig.*, 14 (1924), p. 497-538; TH. RUESCH, *Die Entstehung der Lehre vom Heiligen Geist*, Zürich, 1952.

al creyente llevándolo hacia la vida eterna²⁶. El Verbo ofrece el Espíritu a todos los hombres sobre la faz de la tierra. Él hace correr ese río de divinización y justicia de tal manera que el Espíritu —dado antes solamente y de manera parcial al pueblo de la antigua alianza, abandonados los gentiles en el desierto de la aridez—, se derrama ahora plenamente por todo el mundo. Esta renovación del hombre es el nuevo camino revelado por el Verbo encarnado y en el cual sirve de guía la fuerza luminosa del amor y la fe en el Hijo de Dios²⁷. El Verbo es también la roca en el desierto de la cual brota en abundancia la corriente del Espíritu transmitida por doce fuentes, símbolo de la transmisión de la doctrina vivificante comunicada por la predicación de los doce apóstoles, base angular de la Iglesia²⁸.

²⁶ "Unum et idem cum semper sit Verbum Dei; credentibus quidem ei fontem aquae in vitam aeternam dans..." (IV, 36, 4, II, 279). Todo el contexto presenta una interesante oposición entre el agua que salva y el agua que castiga, representada por el diluvio. El simbolismo de la fuente y del agua está bien caracterizado. La fuente es el Verbo y en forma especial el Verbo encarnado; el agua, el Espíritu en cuanto comunicación de la vida divina. Los coetáneos de Ireneo recurren a este mismo simbolismo. Para Hipólito el río de agua inagotable que corre en el paraíso es el tipo de lo que pasa en la Iglesia. En ella también corre un río que es Cristo, "anunciado en todo el mundo por el cuádruple evangelio. Él humedece toda la tierra y santifica a todos los que creen en Él, pues según la palabra del profeta, ríos fluyen de su cuerpo" (*Comment. in Daniel.*, I, 17, ed. G. BARDY, *Sourc. Chrét.*, 14, p. 86). Dos líneas más abajo presenta al Verbo como dando la vida y concediendo el perdón de los pecados, y el contexto da a entender que se trata del Verbo encarnado. Por último, el que peca, según Hipólito, es privado del Espíritu, es decir, privado de la vida que ha recibido del seno de Cristo. Las representaciones del Logos como "fuente de vida espiritual" son comunes en Clemente de Alejandría (ver *Paedag.*, I, 45, 2, Sthäl., I, 117, 5; I, 83, 3; I, 139, 4; I, 163, 30; II, 14, 2; *Propret.*, XI, 110, 3, Sthäl., I, 78, 22). Para Ireneo, Dios es también "fons omnium honorum" (II, 13, 3, I, 282; IV, 11, 1, II, 175), pero este simbolismo es reservado generalmente para el Verbo.

²⁷ *Demōnstr.*, 89, Smith, 102. Dos cosas resaltan en este texto: 1) la marcada alusión al Verbo encarnado: Cristo plenifica la ley derramando al Espíritu de una manera especial, al realizarse la economía mesiánica (= al fin de los días); 2) la distinción entre Verbo e Hijo de Dios: es la misma e idéntica persona de la Santísima Trinidad que en cuanto Verbo revela al cristiano que Él es el Unigénito del Padre. El Verbo es para Ireneo el artífice de toda la economía de la creación y redención; el Hijo es el mismo Verbo que se da a conocer al hombre por medio del Espíritu como el Hijo de Dios al otorgarle el Espíritu de filiación.

²⁸ *Demonstr.*, 46, Smith, 77. El texto está cargado de alusiones bíblicas: para la roca, Ex., 17, 6; I Cor., 10, 4; para las 12 fuentes, Ex., 15, 27; Núm., 33, 9. El tema recuerda otro similar del Pastor Hermas: los apóstoles y doctores son colocados en un monte donde se encuentran abundantes fuentes de

Esta fuente por disposición divina se ha hecho concretamente visible en una naturaleza humana asumida y elevada a una unión íntima y perfecta con el Verbo²⁹. Ireneo lo establece con enérgica y concisa expresión: Cristo es hijo del hombre, pero no es puramente hombre; es carne, es Espíritu, es Verbo de Dios y por eso verdadero Dios³⁰. Nacido de María en el tiempo, y con todo primogénito de todas las creaturas y su creador. Sé alimenta y bebe como hombre, y con todo da de beber un agua superior e inmortal³¹. Al asumir una naturaleza humana el Verbo plantea el "misterio" de un hombre que hace obras propias de Dios y afirma serlo. Sólo los ojos de la fe pueden dar una respuesta a este misterio; sólo a los creyentes puede el Verbo comunicar por medio de su naturaleza humana las aguas "espirituales". Estas conducen al fiel a la vida eterna, porque le hacen participar en esa misma vida divina del Espíritu que es la razón última del misterio de Jesús. En Él esta unión es íntima, peculiarísima, personal y exclusiva; en el cristiano es una participación misteriosa, pero real, en esa misma vida, que se realiza en el tiempo bajo la "tensión" de la fe y en la eternidad bajo la claridad de la visión.

las que beben todas las creaturas del Señor. Ellos predicaron por todo el mundo la doctrina evangélica y vivieron en toda santidad, porque habían recibido al Espíritu Santo (*Simil.*, IX, 25, 1-2, Funk, I, 620). La predicación propaga el "Verbo de Dios", que acogido por la fe engendra al nuevo cristiano al infundir el Espíritu en el hombre. Así los Apóstoles son las fuentes secundarias por donde se transmite esa agua vital —el Espíritu—, que brota de la roca, símbolo del Verbo encarnado.

²⁹ Esta concepción del Verbo derramando el agua de vida (= Espíritu) mediante la Humanidad de Jesucristo como prolongada en la Iglesia militante y en los sacramentos es expresada por Ireneo en una concisa frase. En un contexto que habla sobre el sacrificio perfecto, la Eucaristía, que vivifica al hombre creyente, dice: "... Quomodo autem constabit eis, eum panem in quo gratiae actae sint, corpus esse Domini sui, et calicem sanguinis eius, si non ipsum fabricatoris mundi Filium dicant, id est, Verbum eius, per quod lignum fructificat, et effluunt fontes, et terra dat primum quidem foenum, post deinde spicam, deinde plenum triticum in spica..." (IV, 18, 4, II, 204). Como el Verbo ha hecho surgir las fuentes y ha puesto la vida en la simiente, así también ha dado el poder de vivificar sobrenaturalmente, es decir, dando el Espíritu, al pan y vino convertidos en su Cuerpo y Sangre.

³⁰ *Demonstr.*, 30, Smith, 67. En este texto la frase "de acuerdo al Espíritu" equivale a "de acuerdo a la vida divina".

³¹ *Fragm. siriac.*, XXIX, II, 45.

El Verbo encarnado, Cristo Jesús, es la visible fuente de vida, capaz de vivificar y sanar toda debilidad³². Él es la fuente del Espíritu³³. Beber de Él es recibir al Espíritu y en esto consiste la alegría imperecedera del cristiano. La unión del fiel con esa fuente se hace dentro de la Iglesia y por medio de la fe. Por eso, el Espíritu es también llamado Verdad y donde está la genuina Iglesia, allí está también el Espíritu, porque Él es su principio vital³⁴.

La Iglesia propone lo que se ha de creer por la predicación tradicional; si el hombre acata y se sujeta al mensaje de la fe, Dios lo transforma internamente dándole el Espíritu. Se inicia así la vivificación sobrenatural del hombre desde el momento que éste empieza a creer. La Iglesia es el vaso precioso en el que se custodia el depósito de la fe; y el licor que en él se contiene el Cristo vivificante, es decir el Cristo que da al Espíritu de verdad y de vida. Cuantas veces el hombre de buena voluntad gusta y asimila ese licor, un nuevo miembro se incorpora a Cristo y todo el Cuerpo de la Iglesia se rejuvenece, como si al ser bebido el Cristo vivificante todo el vaso (= Iglesia) se hiciese resplandeciente³⁵.

Según Ireneo, Dios ha creado al hombre con una aspiración hacia Él³⁶, y ha confiado a la Iglesia la satisfacción de

³² "... et sicut passus est, ita etiam vivus, et vivificans, et sanans omnem nostram infirmitatem..." (Fragm., siriac., XXIX, II, 459).

³³ Esta misma frase se encuentra en un fragmento griego que podría bien ser de Ireneo. No cabe duda, por lo menos, que la expresión le es bien propia (ver PG., 7, c. 1242).

³⁴ *Demonstr.*, 57, Smith, 85. Beber a "Cristo" es admitirlo plenamente con los ojos de la fe y asimilarse a Él por la recepción de los sacramentos; el elemento unificador es el Espíritu.

"... Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia: Spiritus autem Veritas..." (III, 24, 1, Sagn., 400, 9-10). Ver. H. RAHNER, *Flumina de ventre Christi, Biblica*, 22 (1941), p. 374.

³⁵ III, 24, 1, Sagn., 398, 10-19. En este texto se insinúa la identidad entre el Cristo vivificante y la Iglesia. El Cuerpo real de Cristo es tipo de la realidad y eficiencia de su cuerpo neumático que es la Iglesia. El Espíritu de vida hace posible esta unificación e interacción. La Iglesia es, en efecto, el "integrum corpus operis Filii Dei" (IV, 35, 15, II, 269). Véase H. RAHNER, *Flumina de ventre.*, p. 372; K. PRUEMM, *Göttliche Planung und...*, p. 353-356.

³⁶ Sobre el problema del espíritu como constitutivo del hombre ver ADH. D'ALEX, *La doctrine de l'Esprit...*, p. 502-522; P. GAECHTER, *Unsere Einheit mit Christus nach dem hl. Irenäus Zeitschrift f. k. Theologie*, 58 (1934) p. 526-531.

esta tendencia³⁷. Por su intermedio somos vivificados, pues sólo la Iglesia puede dar la "comunicación" de Cristo, es decir, al Espíritu Santo³⁸. El Cristo vivificante es, por lo tanto, el Verbo encarnado que en el seno de su Iglesia comunica su Espíritu a los que en Él creen. En esa fuente encuentra el fiel las arras de la inmortalidad, la confirmación de su fe y el modo de ascender hacia Dios. Así se explica que sólo creyendo en ese Espíritu vivificador, uno puede acercarse a los pechos de la Iglesia, que son los sacramentos y beber ese alimento de eternidad que brota de la fuente purísima del Cuerpo de Cristo³⁹. Por eso mismo Ireneo llama al Evangelio (= predicación apostólica) y al Espíritu de vida las columnas de la Iglesia⁴⁰.

³⁷ "Hoc enim Ecclesiae creditum est Dei munus quemadmodum ad inspirationem plasmationi ad hoc ut omnia membra percipientia vivificentur..." (III, 24, 1, Sagn., 398, 20-22).

³⁸ "... et in eo (munere) disposita est commutatio Christi, id est Spiritus Sanctus, arrha incorruptelae et confirmatio fidei nostrae et scala ascensionis ad Deum..." (III, 24, 1, Sagn., 398, 22-400, 2). HARVEY propone la lección "communicatio Christi" (II, 131 n. 8); pero "katallagé" (= commutatio) no incluye solamente el significado de remisión de una deuda, sino también el de algo entregado a cambio de otra cosa, y en este caso, a la aceptación de la fe de parte del catecúmeno corresponde la entrega del Cristo vivificante que lo convierte en un nuevo miembro de la Iglesia. Sea "communicatio" o "commutatio" se expresa en ambos casos una misma realidad. Se alude a la comunicación del Espíritu, sobre todo por la acción sacramental. P. NAUTIN ve en el texto una alusión a la Eucaristía (ver *Je crois à l'Esprit Saint dans la Sainte Eglise...*, París, 1947, p. 50-51). Sin duda esto está contenido dentro del dinamismo del pensamiento de Ireneo, pero nos inclinamos por una significación más amplia: la Iglesia como Cuerpo de Cristo dando al Espíritu; y si se admite una alusión, es más bien al bautismo que a la Eucaristía.

³⁹ "... Quapropter qui non participant eum, neque a mamillis matris nutriuntur in vitam neque percipiunt de corpore Christi procedentem nitidissimum fontem, sed effodiunt sibi lacus detritos de fossis terrenis, et de caeno putidam bibunt aquam, effugientes fidem Ecclesiae, ne traducantur, reicientes vero Spiritum ut non erudiantur..." (III, 24, 1, Sagn., 400, 11-17). El Cuerpo de Cristo engloba en este texto como en un doble plano unificado su humanidad real en cuanto instrumento de santificación, y la Iglesia en cuanto continuadora en el tiempo de esa obra vivificadora por medio principalmente de los sacramentos. La eficacia vivificante y santificante de uno y otra, esa eficiencia divina encerrada en un cuerpo y operante por él sólo la descubren los ojos de la fe. Ella es la puerta de salud, por eso los que no son de Dios la rechazan: "... effugientes fidem Ecclesiae, ne traducantur, reicientes vero Spiritum ut non erudiantur..."

⁴⁰ III, 11, 8, Sagn., 194, 2-5. En otro texto la Iglesia es equiparada a la recepción del Espíritu: "... Ubique enim praeclara est Ecclesia..., ubique enim sunt qui suscipiunt Spiritum..." (IV, 36, 2, II, 278).

Las bodas de Caná y la multiplicación de los panes son para Ireneo el símbolo de esta elevación de un elemento material a instrumento eficaz de la gracia. El Señor transformando el agua en vino y multiplicando los panes, muestra el tipo de lo que será el alimento y la vida del cristiano. El mismo Dios que hizo la tierra y la ordenó fructificar, estableció las aguas y abrió las fuentes, en los nuevos tiempos dona a la raza humana por medio de su Hijo encarnado la bendición del alimento y la gracia de la bebida. Por medio de este don el Padre es dado a conocer por el Hijo, como el Hijo es revelado por el Espíritu en la participación sacramental⁴¹. Se recibe al Cristo vivificante con los ojos de la fe y el Espíritu de vida engendra en el creyente la "nueva creatura", el hijo adoptivo de Dios.

Esta es la bebida ofrecida por la Iglesia, que es a la vez verdad y vida⁴². Verdad que es el depósito de la fe custodiado en toda pureza y plenitud por la Iglesia⁴³. Vida porque por la Verdad de la Iglesia se iluminan los ojos de la fe y el hombre tiene acceso a la participación en la vida divina del Espíritu que le es ofrecida⁴⁴ y cuyo fruto es la inmortalidad⁴⁵.

En toda esta asimilación por parte del hombre de la vida del Espíritu se descubre un verdadero progreso. La humanidad como tal avanza según Ireneo hacia una compenetración cada vez más íntima con la vida divina. Hay una infancia en la fe y sólo por grados se va llegando a la perfección espiri-

⁴¹ III, 11, 5, Sagn., 188, 10-27. Conviene recordar que la participación sacramental supone primordialmente en la primitiva comunidad cristiana el bautismo y la Eucaristía. Siempre es el Cristo vivificante, es decir, el dador del don del Espíritu, comunicado sobre todo por los sacramentos de la Iglesia, el regenerador y renovador del género humano. Sobre la superposición de distintos planos que supone el pasaje citado, véase SAGNARD, *Contre les Hérés...*, *Introduction*, p. 33-34.

⁴² Los que están fuera de la Iglesia no poseen la verdad: "... Iudicavit autem et omnes eos qui sunt extra veritatem, id est qui sunt extra Ecclesiam..." (IV, 33, 7, II, 261). Verdad vivificante que es donada por el Espíritu de Dios: "... in Spiritu Dei, qui praestat agnitionem veritatis, qui dispositiones Patris et Filii exposuit..." (IV, 33, 7, II, 262). Verdad vivificante que renueva al hombre desde su más íntima esencia: "... ipse ille qui ignorantiae erat ante homo, id est ignorans Deum, per eam quae in eo est agnitionem renovatur. Agnitio enim Dei renovat hominem..." (V, 12, 4, II, 353).

⁴³ III, Praef., Sagn., 94, 4-5; III, 3, 3, Sagn., 108, 8-10.

⁴⁴ III, 4, 1, Sagn., 114, 15-21.

⁴⁵ IV, 4, 3, II, 154.

tual⁴⁶. El Verbo es la madre cariñosa que va ofreciendo el alimento adecuado para un armónico crecimiento. Dos son los manjares presentados: la leche y el pan. La leche es el misterio de su encarnación:

"... nos donó la leche, que era su aparición en cuanto hombre..."

y la sucesiva pedagogía divina que la Humanidad de Cristo va realizando sobre el cristiano con la presentación de su doctrina y la eficiencia dominante de su economía redentora:

"... como alimentados por los pechos de su carne y así acostumbrados por una tal imitación a comer y beber al Verbo de Dios..."

El pan perfecto del Padre es el Espíritu del Padre, es decir, el pan de inmortalidad o, en otras palabras, la asimilación progresiva por parte de la humanidad de esa participación misteriosa en la vida divina hasta obtener el don de la inmortalidad corporal en la resurrección y el de la visión del Padre en la glorificación final⁴⁷.

El "alimento" perfecto del Padre es la vida divina y el hombre es llamado a participar en ella; pero sólo reconociendo

⁴⁶ IV, 38, 1, II, 292. Ver K. PRUEMM, *Göttliche Planung...*, p. 206-224, 342-366. Esta unión plenificadora del hombre con Dios se va haciendo en el ámbito de la fe para terminar en la vida eterna con la visión. Ireneo lo pone fuera de toda duda; ver V, 1, 3, II, 316. Todo ese pasaje, en verdad, se refiere primordialmente al acto de fe en el misterio de la Encarnación, pero al tocar Ireneo el tema sacramental sugiere que la Encarnación es el tipo por excelencia de esa unión del cristiano con la vida divina realizada principalmente por los sacramentos. Cristo que es Dios y posee el Espíritu en toda plenitud puede hacer participar al hombre de una manera misteriosa en esa misma vida divina que es toda la razón de su ser. El hombre se hace perfecto por la obra del Verbo y del Espíritu; el primero, comunicando al Espíritu por intermedio de su Humanidad; el segundo, revelando al Hijo en el interior del cristiano para que lo revista con el espíritu de adopción filial. Cristo vivificante es el centro crucial de esta regeneración: "sic in spiritali omnes vivificemur" (V, 1, 3, II, 316). El hombre perfecto —del cual Cristo es modelo y primicia—, es el fruto final: "sed ex placito Patris manus eius (es decir, el Verbo y el Espíritu) vivum perfecterunt hominem, uti fiat Adan secundum imaginem et similitudinem Dei" (ibíd.). La fe es principio de unión; por la fe, en efecto, en la doctrina de Cristo el hombre se hace hijo de Dios; ver IV, 41, 2 II, 304.

⁴⁷ Las citas del texto están tomadas de IV, 38, 2, II, 295. Este simbolismo se atribuye ya al Verbo: "ille qui erat panis perfectus Patris", ya al Espíritu: "eum qui est immortalitatis panis qui est Spiritus Patris". Se puede admitir cierta fluctuación en el pensamiento de Ireneo, pero las dos expresiones pueden ser armonizadas. El Verbo, que es el alimento perfecto del Padre

a Jesús como Dios podrá beber y comer al Verbo en la fracción del pan. En todo el contexto se descubre la presencia maternal y misteriosa de la Iglesia⁴⁸. Jesús se revela al hombre no sólo en su realidad histórica, sino viviente en su Iglesia. Los hombres siguen alimentándose de su Cuerpo no sólo en la Eucaristía, sino en la aceptación de esa institución humana como una realidad sobrenatural de origen y eficiencia divina. Sólo mediante ella el Cuerpo de Cristo se hace vivificante y revela al Verbo, el cual engendra a la nueva vida del Espíritu⁴⁹. Toda una bondadosa economía divina ha ido condicionando al hombre para hacerlo capaz de contener en

porque en Él encuentra el Padre toda la razón de ser de su paternidad, ofrece a los hombres su leche, que es "su aparición en cuanto hombre", y el pan de inmortalidad que es el Espíritu del Padre, es decir, la vida divina en cuanto comunicable. La razón de esta graduación en la alimentación espiritual del género humano la explica en seguida el mismo santo: "... Et propter hoc coinfantiatum est homini Verbum Dei cum esset perfectus, non propter se, sed propter hominis infantiam sic capaz effectus, quemadmodum homo illum capere potuit. Non igitur erga Deum impossibile et indigens, sed circa eum qui nunc nuper factus est homo; quoniam non infectus erat..." (IV, 38, 2, II, 295). Ver A. BENOIT, *Le baptême chrétien...*, p. 206.

⁴⁸ En Ireneo se encuentran los primeros elementos que luego permitirán reconstruir ese misterioso paralelismo entre la maternidad de María y la maternidad de la Iglesia. Entre otros existe un texto bien significativo: "... quoniam Verbum caro erit, et Filius Dei filius hominis; purus pure puram aperiens vulvam quae regenerat homines in Deum, quam ipse puram fecit..." (IV, 33, 11, II, 266). Muchos autores ven aquí una clara alusión a la Iglesia (ver P. GALTIER, *La vierge qui nous régénère, Recherches de scien. rel.*, 5 (1914), p. 136-145; A. MUELLER, *Ecclesia-Maria: Einheit Marias und Kirche*, Freiburg, 1951, p. 51-73; Y. CONGAR, *Marie et l'Eglise dans la pensée patristique, Rev. des scienc. phil. et theol.*, 38 (1954), p. 3-38). Se puede decir en general que los Padres hablan con mucha frecuencia de la Iglesia, Virgen y Madre, como imitando a la Virgen María, madre de Jesucristo, en dar a luz a los miembros de Cristo, pero en ningún lugar afirman una absoluta identidad entre los dos. El misterio de María es ser el tipo de la Iglesia, santa e inmaculada, virgen y madre al mismo tiempo: "Propter quod et exultans Maria clamabat pro Ecclesia prophetans: Magnificat anima mea Dominum..." (III, 10, 2, Sagn., 1644, 14-15).

⁴⁹ Por eso dice Ireneo que Dios santifica a su Iglesia con la comunicación de su Hijo. Iglesia formada con los hombres retirados de la fornicación (que es el símbolo del apartamiento de Dios por el pecado y la idolatría) por la misericordiosa vocación divina. Tal vocación es tipificada por la mujer prostituta con la que el profeta Oseas es ordenado contraer matrimonio; imagen que Ireneo termina de desarrollar con las palabras del Apóstol (I Cor., 7, 14); la boda de Moisés con la mujer etíopica y Rahab, la prostituta de Jericó (ver IV, 20, 12, II, 223). Esta comunicación santificadora realizada por el Padre connota la Encarnación y además el momento en que Jesús es hecho vivificante para unirse a Sí la Iglesia: todo lo cual es simbolizado por la imagen de las bodas que santifican a la consorte hasta ese momento perdida e infiel. No extraña, entonces, que entre los títulos con que Ireneo nombra a Cristo, lo llame "Sponsus Ecclesiae" (Fragm. siriac., XXX, II, 461).

sí la vida del Espíritu, que son las arras del pan de inmortalidad en la visión de Dios.

En el texto considerado, cuya alusión a la Eucaristía como el sacramento de la unión y perfección es bien clara, el Cristo vivificante es presentado como el encargado de realizar esa pedagogía en el hombre. Unido íntimamente al Verbo en unidad de Persona, y portador del pan perfecto del Padre que es el Espíritu, está plenamente capacitado para ser padre, madre, pedagogo, nodriza del nuevo cristiano, como poco después lo dirá Clemente Alejandrino⁵⁰.

Resumiendo: el simbolismo de los términos que hemos estado examinando ofrece como resultante la figura del Cristo vivificador de los hombres; misión que Él lleva a cabo dándonos su Espíritu (= agua de vida eterna), que llueve del cielo y brota de la fuente divina (= Verbo encarnado). Se trata ahora de explicar más detenidamente las ideas teológicas que fundamentan estas imágenes.

3.—El Cristo vivificante en la economía de la Sma. Trinidad.

Ireneo introduce al hombre histórico como hecho a imagen y semejanza de Dios⁵¹. En su misma naturaleza se da

⁵⁰ "¡Oh admirable y oculto misterio! Uno el Padre de todas las cosas, uno el Verbo de todas las cosas, y el Espíritu Santo uno y el mismo en todas partes, y hay una sola Virgen-Madre, a la que me es grato llamar la Iglesia. Esta madre por sí sola no tiene leche, porque ella sola no fué hecha mujer, pero es juntamente virgen y madre, sin mancilla como una virgen, amorosa como una madre, y llamando a sus hijos los nutre con la leche santa, el Verbo, alimento de infantes. Por eso no tiene leche, porque (el Verbo) es la leche (que alimenta) a este hermoso niño nacido en su propia casa, (que es) el Cuerpo de Cristo (= Iglesia); la alegre juventud amamantada con el Verbo, que el mismo Verbo concibió y dió a luz con los dolores de parto de su carne y envolvió en los pañales de su preciosa sangre. ¡Oh santo nacimiento! ¡Oh santos pañales! El Verbo es todo para el infante, padre y madre, pedagogo y nodriza. Comed mi carne, dice y bebed mi sangre. Y así nos proporciona un alimento doméstico y ofrece su carne y refunde su sangre; y no es necesaria ninguna otra cosa para el crecimiento de los infantes..." (*Paedag.*, I, 42, 1-3, *Stäh.*, I, 115, 10-24).

⁵¹ Esta expresión bíblica aparece en Ireneo habitualmente relacionada con otra frase peculiar, "per manus Dei", es decir, Dios Padre realizando su obra creadora por medio del Verbo y del Espíritu; ver la serie de textos en J. LEBRETON, *Histoire du dogme...*, II, p. 519, n. 1. Sobre el tema de las "manos de Dios", ver J. LAWSON, *The biblical Theol.*..., p. 122-128. Sobre "secundum imaginem et similitudinem Dei", J. LEBRETON, *Histoire du dogme...*, II, p. 605, n. 5; E. PETERSON, *L'immagine di Dio in s. Ireneo*, Scuola Cattolica, 1941, p. 46-54.

una ley de crecimiento interno que lo lleva a unirse cada vez más plenamente en la vida divina. El hombre se va haciendo cada vez más agradable a la Santísima Trinidad, que ordena y dirige todo ese progreso⁵²: el Padre toma toda la iniciativa y dispone la creación; el Hijo se encarga de llevar a cabo esa obra sobrenatural; el Espíritu se da como alimento que hace crecer en la perfección. El Verbo es el supremo Artífice de toda la creación y redención⁵³. Es el dispensador de la gracia paterna que por sucesivas economías va llevando al hombre hasta la visión unitiva⁵⁴. Por eso es llamado Padre del género humano⁵⁵, y de una manera especial en la obra de la redención por la que deposita en el hombre la simiente vital; es decir, el Espíritu de remisión de los pecados que nos vivifica⁵⁶. Su misión principal, a la que se ordenan todas sus otras actividades, es la distribución del Espíritu; y esto, tanto en la

⁵² IV, 38, 3, II, 296.

⁵³ III, 11, 8, Sagn., 194, 9-16. El Verbo es autor de todo: "omnium Artifex". Se encarna para realizar su obra sobre los hombres: "declaratus hominibus"; da el depósito de la fe: "quadriforme Evangelium", y con él el Espíritu de vida: "quod uno Spiritu continetur".

⁵⁴ IV, 20, 7, II, 218. El texto presenta a la fe como un conocimiento vivificante: la fe dice tendencia a la visión y porque es tendencia es también vida. Esta manifestación progresiva del Padre la hace el Verbo por sucesivas economías: creación, profetas, encarnación: ver IV, 6, 6, II, 160; IV, 10, 3, II, 174. Sobre todo este punto ver J. DANIELOU, *St. Irénée et les origines de la théologie de l'histoire, Rech. des scienc. rel.*, 34 (1947), p. 227-231.

⁵⁵ "Pater autem generis humani Verbum Dei..." (IV, 31, 2, II, 253). Interesa comprobar que los valentinianos usan el mismo apelativo, llaman Padre al Unigénito: "... Nunc autem hunc, et Unigenitum vocant, et Patrem et Initium omnium..." (I, 1, 1, I, 9).

⁵⁶ "Quando igitur hoc vitale semen, id est, Spiritum remissionis peccatorum per quem vivificamur, effudit in humanum genus?..." (IV, 31, 2, II, 253). El "semen patris omnium, id est, Spiritus Dei, per quem facta sunt omnia" (Ibid.) es la vida divina comunicada en la plenitud de los tiempos a una naturaleza humana: "commixtus et unitus est carni, hoc est, plasmati suo" (Ibid.), para que esta carne divina del Verbo encarnado, continuada y prolongada en su Iglesia, fructificara hijos vivientes para el Dios viviente: "... per quam commixtionem et unitatem duae synagogae id est duae congregationes, fructificantes ex patre suo filios vivos vivo Deo" (Ibid.). Las dos sinagogas son la Iglesia de la antigua alianza y la de la nueva ley, es decir, la Iglesia eterna (ver *Demonstr.*, 94, Smith, 104). El Verbo encarnado prosigue su obra vivificadora en su Iglesia, que como Él se yergue entre el tiempo y la eternidad transformando los hombres mundanos, a pesar de las herejías y persecuciones, en hijos de Dios: "... in confinio terrae, patiens quae sunt humana: et dum saepe auferuntur ab ea membra integra, perseverat statua salis, quod est firmiter fidei. firmans et praemittens filios ad Patrem ipsorum..." (Ibid.).

economía de la creación, como, sobre todo, en la de la redención⁵⁷.

El Verbo distribuyendo al Espíritu unifica toda la economía del Padre, pues por el Espíritu, que hace participar al fiel en la vida divina, conoce el cristiano el dogma trinitario y la obra perfecta del Verbo que es la Iglesia⁵⁸. Esta distribución del Espíritu la realiza el Verbo hasta el fin de los tiempos por medio de su Iglesia, a quien ha dotado con los sacramentos⁵⁹.

De acuerdo a la naturaleza de esta misión, Ireneo lo llama el Verbo vivificante⁶⁰, pues Él da el soplo vital en el hombre. Y este soplo vital que es el Espíritu de vida salva al hombre purificándolo de sus pecados, lo modela a imagen y semejanza de Dios al otorgarle la nueva vida divina⁶¹, y lo nutre para que crezca en perfección hasta llegar a la vida inmortal de la unión con el Padre en la claridad de la visión⁶².

⁵⁷ V, 18, 1, II, 373.

⁵⁸ V, 18, 1, II, 374. El Padre es "caput Christi", porque Él lo envía al mundo para que lo dé a conocer. El Verbo es "caput Ecclesiae", porque Él es la fuente de donde brota el agua divina del Espíritu que congutina y unifica a todos los fieles en el Cuerpo neumático de Cristo que es la Iglesia. El Verbo está "per omnia", porque es la voz perfecta del Padre y por Él el Padre hace todas las cosas. El Espíritu está "in omnibus nobis", porque es el principio formal y vital unificador del hombre con Dios.

⁵⁹ Al explicar la regeneración obrada en el hombre por el bautismo Ireneo afirma: "... Mas el Hijo, de acuerdo al beneplácito del Padre, suministra al Espíritu ministerialmente (es decir, por medio de sus ministros), como lo quiere el Padre, y a aquellos amados por el Padre..." (*Demonstr.*, 7, Smith, 52). El traductor en lugar de "ministerialmente" propone "charismatically"; pero en la nota crítica (p. 144, n. 47) admite que literalmente es más apropiado "ministerialmente". Nos inclinamos a mantener esta traducción, pues todo el contexto habla de la regeneración del hombre que se hace por los sacramentos, y no de gracias especiales carismáticas dadas en bien de la comunidad.

⁶⁰ Los que por su incredulidad y malas obras no obtienen el divino Espíritu, arrojan lejos de sí al Verbo vivificante, es decir, al Verbo que puede suscitar en ellos el Espíritu de vida: "... eiiciunt se vivificans Verbum, et in suis concupiscentiis irrationabiliter ambulat..." (V, 8, 3, II, 341). La expresión latina correspondería a la griega "tòn eaustòus zooipoioúnta lógon", como lo propone LOORS (*Theoph. von Antioch.*..., p. 245, n. 6), contra la explicación de HARVEY (II, 341, n. 4). Esta vida del Espíritu que habita en los nombres y los hace "spirales", los dispone a su vez a la unión con Dios por la visión (ver V, 8, 1, II, 339).

⁶¹ V, 9, 1, II, 342.

⁶² El Espíritu es el pan de inmortalidad: "... eum qui est immortalitatis Panis, qui est Spiritus Patris..." (IV, 38, 1, II, 293); el que da la nutrición y el aumento: "... Spiritu vero nutriente et augente..." (IV, 38, 3, II, 296); la confirmación en la fe y la escala de ascenso a Dios: "... confirmatio fidei

4.—*El Cristo vivificante en la vida de los hombres.*

La economía del Padre quiere dar al Espíritu por medio del Verbo encarnado. Su pedagogía establece que Dios se haga hombre para que el hombre pueda hacerse dios⁶³. Por eso el Verbo se hace carne para realizar el plan divino retardado por la prevaricación de Adán, y unir al hombre definitivamente a Dios distribuyendo el Espíritu por medio del "misterio" de su Humanidad⁶⁴.

Jesucristo como hombre y como Dios une estrecha e íntimamente al hombre a Dios mediante el misterio de su Persona. Como hombre repara el plan de Dios sobre el género humano arruinado por el primer pecado. Como Dios da a esta reparación una garantía de valor infinito, asegurando para toda la raza humana los frutos inagotables de la redención. Como Hombre-Dios es el ejemplar e instrumento eficaz de esa participación en la vida divina que supone el don del Espíritu⁶⁵.

nostrae, et scala ascensionis ad Deus..." (III, 24, 1, Sagn., 400, 2); él revela al Hijo que conduce al hombre al Padre: "... per Spiritum quidem ad Filium, per Filium autem ascendere ad Patrem; Filio deinceps cedente Patri opus suum..." (V, 36, 2, II, 429).

⁶³ Ver III, 10, 2, Sagn., 164, 9-13; III, 19, 1, Sagn., 332, 3-8; IV, 33, 4, II, 259; V, Praef., II, 314; V, 36, 2, II, 429; etc... Son todas afirmaciones llenas de interés. Expresadas muchas dentro de una formulación a la manera gnóstica, se diversifican completamente de ella por su contenido. El dios pleromático de los gnósticos, en efecto, es un dios egoísta que se diluye en sucesivas emisiones y que desciende aparentemente a la materia para reunir todas las partículas neumáticas esparcidas por la tierra como consecuencia mediata del desorden inicial del pléroma. Se trata solamente de una liberación del espíritu para completar la perfección del pléroma, dejando la materia y el cuerpo humano librado a su propia y miserable suerte. El Dios de Ireneo, que es el Dios verdadero, ha creado también la materia y el cuerpo humano, y llevado por su amor infinito se vuelca misericordiosamente al hombre total y lo eleva a un grado insospechado de grandeza al hacerse carne la Persona del Verbo. El hombre todo entero, cuerpo, alma y espíritu, es hecho hijo de Dios y con él toda la creación es invitada a participar de esta glorificación eterna del ser humano al fin de los tiempos. En los gnósticos la creación es la obra de un dios inferior, el Demiurgo psíquico, y es necesaria para reconstruir la perfección del pléroma. En Ireneo es el único y mismo Dios quien crea y redime, y la creación es también una gratuita manifestación de su bondad: ver II, 36, 2, I, 322; IV, 14, 1, II, 184; V, 18, p, II, 374.

⁶⁴ IV, 20, 4, II, 215.

⁶⁵ III, 18, 7, Sagn., 324, 19-326, 16. El texto no nombra al Espíritu, pero ya se ha visto que la "communio (o "commutatio") Christi" connota al Espíritu de vida (ver n. 38).

La verdadera vida del hombre es la visión de Dios. Esta es la vida incorruptible e inmortal cuyas arras son la presencia del Espíritu de vida en el fiel. El Verbo encarnado que ve directamente al Padre y posee la llave de la comunicación del Espíritu, refleja en su Humanidad esta vida del Padre y la comunica al hombre que cree en Él. Sólo los ojos de la fe capacitan al cristiano para ver ese resplandor del Hijo encarnado y sentirse envuelto en la luminosa penumbra paterna, ya prenuncio de la luz y vida inmortal⁶⁶.

Numerosas y variadas son las expresiones que muestran a Jesucristo en su oficio de Espíritu vivificador, es decir, ca-

⁶⁶ "... et ut in carnem Domini nostri occurrat paterna lux, et a carne eius rutila veniat in nos, et sic homo deveniat in incorruptelam, circumdatus paterno lumine..." (IV, 20, 2, II, 214). Esta luz del Padre reflejada por la carne de Cristo es una luz que da vida (IV, 20, 5, II, 216). La luz va aumentando conforme a la misma economía del Espíritu en la historia de la humanidad: se muestra esporádicamente en el V. Testamento donde todo es preparación "profética y tipológica" de la nueva alianza; revela la Paternidad divina por medio del Hijo encarnado y el misterio de la filiación adoptiva del hombre por la participación en la vida de Dios; ilumina y madura cada vez más al cristiano en el ámbito de la fe hasta llevar a toda la humanidad fiel en la plenitud de los tiempos a la visión del Padre "cara a cara". El cristiano guiado siempre por esta luz —profetismo, revelación del Hijo y finalmente visión—, es modelado por el Espíritu a semejanza del Hijo y entregado por Éste al Padre para ser unificado por la visión (ver IV, 20, 4, II, 216). El don de la luz es uno de los efectos de la recepción del Espíritu. Es el conocimiento nuevo que tiene el cristiano de la realidad sobrenatural, una vez informado su ser interior por la recepción del Espíritu. El don de Cristo recibido en el bautismo tiene ese doble aspecto de vivificación e iluminación. Y precisamente seguir al Salvador es para Ireneo, ya participar de su salvación, ya participar de su luz. El cristiano es cada vez más iluminado por la vida de la fe, que al mismo tiempo lo alimenta en su vida sobrenatural para llevarlo a la vida eterna e incorruptible. Este intercambio entre "luz" y "vida" propio de Ireneo recuerda el concepto de fe preñante, tan común en san Pablo (ver IV, 14, 1, II, 184). Cristo es, por lo tanto, la "luz del Padre" (III, 11, 5, Sagn., 188, 2), es decir, del Dios de la gloria y la claridad (III, 12, 11, Sagn., 238, 15; IV, 19, 2, II, 211), que como sol divino alimenta al ser del cristiano con una "noticia" (gnosis) cada vez más vivificante y preñante: "... his autem qui credunt ei, et sequuntur eum, pleniorum et maiorem illuminationem mentis praestat..." (IV, 29, 1, II, 247). El fin de la iluminación es la comunión con Dios, que es "vita, et lumen, et fruitio eorum quae sunt apud eum bonorum..." (V, 27, 2, II, 398). Esta unión con Dios se realiza en la tierra bajo el ámbito y tensión de la fe: "... in hoc mundo quidam quidem accurrunt lumini, et per fidem uniuert se Deo..." (V, 28, 1, II, 400), y por medio de la Iglesia a quien se ha confiado la luz de Dios: "... Huic (Ecclesiae) enim creditum est lumen Dei..." (V, 20, 1, II, 378), pues es el Cuerpo, la linterna de Cristo, luz resplandeciente del Padre: "... Ubique enim Ecclesia praedicat veritatem: et haec est eptamijos lucerna, Christi baiulans lumen..." (V, 20, 1, II, 379).

pacitado de dar por medio de su Humanidad al Espíritu de vida inmortal. Él es la "novedad suma" que innova y vivifica a los hombres⁶⁷. El dador del don que es la vida eterna y antídoto de la muerte⁶⁸. Sólo reconociendo en Cristo al Verbo encarnado se puede recibir la vida⁶⁹. Él posee la donación de la incorruptibilidad⁷⁰, que es la efusión del Espíritu del Padre⁷¹. Por esta efusión Dios es donado al hombre, es decir, el hombre recibe la participación de la vida divina, e incorporado en Jesucristo se allega al Padre; el cual contemplando en él una semejanza e imagen de su Hijo corona esa perfección con el don de la inmortalidad⁷². Cristo es el principio activo que coloca al Espíritu en el hombre y opera esa síntesis unitiva del elemento divino con el humano⁷³. El Señor es el segundo Adán constituido en Espíritu vivificante, pues Él se encarga de ofrecer al Espíritu de vida para que el primer

67 "... quoniam omnem novitatem attulit semetipsum afferens, qui fuerat annuntiatus. Hoc enim ipsum praedicabatur, quoniam novitas veniet innovatura, et vivificatura hominem..." (IV, 34, 1, II, 269). Su oficio es, en efecto, comunicar al Espíritu vivificante "... significans quoniam secundum carnem ex liberis et ex servis Christus statuet filios Dei, similiter omnibus dans munus Spiritus vivificantis nos..." (IV, 21, 3, II, 227).

68 III, 19, 1, Sagn., 330, 7-10.

69 V, 18, 2, II, 374.

70 "... ab eo (Verbo incarnato) qui habet donationem incorruptibilitatis..." (V, 1, 1, II, 314).

71 "... et effundente Spiritum Patris in adunionem et communionem Dei et hominis..." (V, 1, 2, II, 315).

72 "... ad hominem quidem deponente (Domino) Deum per Spiritum, ad Deum autem rursus imponente hominem per suam incarnationem, et firme et vere in adventu suo donante nobis incorruptelam per communionem quae est ad Deum..." (V, 1, 2, II, 315). Por eso, el don más grande que Dios hace a los hombres es la "presencia" vivificante de Jesucristo (IV, 9, 2, II, 170).

73 "... adunans hominem spiritui, et spiritum collocans in homine..." (V, 20, 2, II, 380). El contexto prueba que se está hablando de Jesucristo. Sólo Él es llamado Señor por Ireneo, y solamente Él realiza la recapitulación de todas las creaturas. No es fácil determinar en la frase citada si se trata del espíritu del hombre o del Espíritu de Dios. A primera vista parecería referirse al orden de la creación; pero la referencia clara a la recapitulación de todo en Cristo y el contexto próximo que habla de la Iglesia, en cuyo seno el hombre es educado y alimentado con "dominicis Scripturis", permiten deducir que Ireneo se está refiriendo a la vida sobrenatural. Así podría entenderse lo que dice un poco más abajo: "per illum (spiritum) enim videmus et audimus et loquimur", que podría ser aplicado a las realidades del orden sobrenatural, pues está hablando de la ciencia de lo divino, que no es un producto de la propia especulación, sino la doctrina de las Escrituras ofrecida como alimento por la Iglesia, portadora de la luz de Cristo. Probablemente Ireneo interfiere los dos planos, y por eso su pensamiento no llega a expresarse con toda nitidez.

Adán muerto por el pecado pueda vivir⁷⁴. Sólo viviendo en Cristo el hombre es "espiritual", porque únicamente por medio de Cristo recibe la verdadera vida⁷⁵. El Señor en la figura del buen samaritano confía a su hombre —redimido por Él—, al Espíritu Santo representado en el mesonero y le entrega dos denarios —símbolos de la revelación del Padre y del Hijo—, para que el Espíritu "acuñando" esta imagen e inscripción del Padre y del Hijo en el cristiano, lo haga capaz de frutos multiplicados de vida eterna⁷⁶.

De todos estos textos la conclusión es evidente. Jesucristo es el dador de la vida del Espíritu. La economía del Padre quiere que por medio del Verbo encarnado se haga toda la obra de la redención y de la glorificación del hombre. Sólo tiene la vida del Espíritu el que la recibe de Cristo y viceversa, sólo el que está informado por este Espíritu puede decir que su vida es la misma vida de Cristo⁷⁷.

Jesucristo es constituido así por disposición del Padre la fuente de la efusión del Espíritu. El Padre ha puesto en sus manos la distribución de la vida divina. Por eso Jesucristo es el principio o cabeza del Espíritu⁷⁸, en cuanto la efusión

74 V, 12, 2, II, 351.

75 V, 12, 3, II, 352. Sobre el retraso del plan de Dios por el pecado de Adán y la figura de Cristo como recapitulación de todo lo creado, ver E. SCHARL, *Recapitulatio mundi*, Freiburg i.B., 1941; W. HUNGER, *Der Gedanke der Weltplaneinheit und Adameinheit in der Theologie der hl. Irenäus, Scholastik*, 1944, p. 161-177.

76 III, 17, 3, Sagn., 306, 23-28.

77 Un fragmento griego lo expresa con suficiente claridad. La verdadera vida del hombre es el Espíritu Santo. Sin Él todo su ser es hueco: no conoce al Dios creador, desconoce al Padre que está en los cielos, no recibe la vida que es Jesucristo (Fragm. griego, XXIV, II, 491). La suposición de este fragmento es clara: si el hombre no tiene en sí al Espíritu Santo, no puede haber recibido la vida que Jesucristo ha venido a traer a los hombres, porque precisamente esa vida es el Espíritu Santo.

78 En una sola ocasión llama Ireneo a Cristo cabeza del Espíritu y en un texto no muy claro "... Haec igitur in semetipsum recapitulatus est, adunans hominem spiritui, et spiritum collocans in homine, ipse caput spiritus factus est, et spiritum dans esse hominis caput: per illum enim videmus, et audimus, et loquimur..." (V, 20, 2, II, 380). Cristo sería llamado cabeza del Espíritu en cuanto el espíritu del hombre ordena todo el ser humano a Cristo de quien ha de recibir el Espíritu de Dios, es decir, la comunicación de la vida divina que lo hace participar en la vida de Dios. El Espíritu hecho cabeza del hombre por el don de Cristo es el Espíritu de vida que hace del ser humano el hijo adoptivo de Dios. Pero también el espíritu del hombre es su cabeza, pues es su parte superior la que ordena toda su esencia al darle como fin la posesión de Dios.

de la vida del Espíritu, que es en el hombre la misteriosa participación en la vida divina, ha sido colocado bajo la administración de su santa Humanidad⁷⁹. Sólo si se admite con los ojos de la fe el testimonio de ese Hombre que dice ser Dios y lo es, se hace esa Humanidad vivificante para el hombre que cree: sólo entonces el Verbo puede operar mediante su Humanidad —único camino de redención querido por el Padre—, y comunicar el Espíritu de vida al que entra en el camino de la salud.

(Continuará)

ANALOGIA DE ATRIBUCION INTRINSECA en Santo Tomás (I)

Por OSCAR A. VARANGOT, S. I. — San Miguel

INTRODUCCION

Leemos en los cánones correspondientes a la Sesión tercera del Concilio Vaticano:

“Si alguno dijere que Dios vivo y verdadero, creador y señor nuestro, no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas que han sido hechas, sea anatema”¹.

Y, sin embargo, la experiencia cotidiana de tantos espíritus selectos y sinceros, nos dice cuán difícil es, a veces, recorrer el camino que media entre las criaturas y Dios.

Es el problema, siempre actual, de la trascendencia e inmanencia divina. En la Suma Teológica nos dice Santo Tomás:

“Dios está sobre todas las cosas por la excelencia de su naturaleza, y esto no obstante, está en todas las cosas como causante de su ser”².

La Escolástica ha encontrado en la analogía la solución de los problemas que plantea esa infinita distancia, entre el Creador y lo creado, en el orden de las perfecciones, y esa íntima unión en el orden causal.

Con justa razón M. T.-L. Penido³ se queja de los manuales de filosofía que se contentan con dedicar a la analogía, como a tantas otras cuestiones, algún capítulo, y luego se olvidan de ella, como si careciera de ulterior importancia.

El Cardenal Cayetano se atrevió a escribir con su profunda visión metafísica:

¹ “Si quis dixerit, Deum unum et verum, creatorem et Dominum nostrum, per ea quae facta sunt, naturali rationis humanae lumine certo cognosci non posse: anathema sit”. Cfr. D. B. 1806.

² Cfr. I P., q. 8, a. 1, ad 1.

³ Cfr. Penido, M. T.-L., en su obra “Le rôle de l’analogie en théologie dogmatique”. Paris, 1931, p. 8-9.

⁷⁹ Sobre esta economía de la voluntad salvífica paterna, ver lo dicho en el párrafo 2°.